

PIERPAOLO BARBIERI

LA SOMBRA DE HITLER
EL IMPERIO ECONÓMICO NAZI Y LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia

*A mis padres, Adriana y Franco,
por enseñarme el significado del sacrificio*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. LOS HUESOS ENTERRADOS	13
1. DOS ESPAÑAS.	29
2. «HOY DISTA MUCHO DE AYER»	49
3. EL ASCENSO IMPARABLE DE HJALMAR SCHACHT	92
4. «DADME CUATRO AÑOS»	126
5. EL ALBA DE LA INTERVENCIÓN	159
6. EL PRECIPICIO	179
7. EL ENSAYO DE IMPERIO	201
8. «A DIOS Y A SUS CONTRARIOS DESPLACIENTES».	224
9. EL IMPERIO FORMAL	250
CONCLUSIÓN. LA EUROPA INTEGRADA	281
APÉNDICE. DATOS ECONÓMICOS	293
NOTAS	303
AGRADECIMIENTOS	00
ÍNDICE ONOMÁSTICO	00



INTRODUCCIÓN. LOS HUESOS ENTERRADOS

*España de los inquisidores
que padecieron el destino
de ser verdugos,
y hubieran podido ser
mártires.*

JORGE LUIS BORGES, «España,» 1965

«Spain is different», proclamaban los anuncios difundidos por el mundo en la década de 1960¹. El objetivo era promover la llegada del turismo a un país introvertido y autoritario, e hizo maravillas entre los viajeros acomodados deseosos del sol mediterráneo. En aquella época, España era un país marginado por sus vecinos del continente europeo pero sostenido por el Departamento de Estado estadounidense, que estaba más preocupado por impedir que descendiera una «plaga roja» sobre Europa occidental que por el poder autocrático y anacrónico del generalísimo Francisco Franco².

España es diferente, sin duda. Desde todos los puntos de vista, es la historia poco habitual del triunfo de un país a finales del siglo xx que ni siquiera una gigantesca burbuja inmobiliaria y su estallido posterior (al que se añadió la crisis de la deuda de la eurozona) ha podido empujar a empequeñecer. Cuando Franco murió, en 1975, España experimentó una transición democrática relativamente limpia, un rápido crecimiento económico, la disminución de la pobreza, un retroceso de las reivindicaciones minoritarias y una integración impecable en Europa, además de la reanimación de su primacía cultural en el mundo iberoamericano. Hoy alberga algunas de las empresas mejor gestionadas del mundo y una prolífica industria editorial en la segunda lengua materna más hablada del mundo³. A pesar de una recesión prolongada y un nivel desolador de paro, y a diferencia de varios de sus vecinos, en España no ha prosperado ningún partido político antieuropeo. Incluso los que sueñan con la autodeterminación regional o la independencia, en Cataluña y el País Vasco, son partidarios de una Europa integrada.

No obstante, España no es solo la historia de una magnífica transición a la modernidad globalizada. Su nueva normalidad se ve pertur-

bada con frecuencia por el regreso de batallas lejanas, recuerdos controvertidos y crímenes silenciados. Literalmente, bajo el árido suelo ibérico se ocultan huesos medio olvidados. Pese al éxito de la sociedad construida sobre ellos, los huesos aparecen en los lugares más inesperados. Vuelven una y otra vez en una muestra de recurrencia nietzscheana: en los tribunales, en la política, en la cultura. Los han silenciado, pero no están callados.

La Guerra Civil española se libró hace setenta años, pero la batalla de la memoria sigue vigente; una batalla legal, culturalmente relevante y políticamente explosiva, de fuerte resonancia en España y el extranjero⁴. Sin embargo, algunos elementos esenciales de la historia de cómo impuso Franco su voluntad en un país dividido permanecen enterrados como los huesos en sus fosas comunes. Uno de los secretos más enterrados es la intervención de los nazis alemanes y los fascistas italianos, que proporcionó tropas, experiencia y suministros a Franco. El propósito de este libro es sacar a la luz el proyecto nazi de crear un imperio informal* en suelo ibérico, explicar cómo nació y desentrañar el contexto económico en el que se desarrolló. Lo que denomino el «ensayo de imperio» de Adolf Hitler durante la Guerra Civil española fue totalmente distinto de sus intentos posteriores de construir un imperio formal; entrañaba una relación con los nacionales de Franco muy diferente de la que tenía con su otro gran patrocinador, la Italia fascista de Benito Mussolini. Pero Franco vivió muchos más años que sus patronos fascistas y, después de que desaparecieran, se apresuró a olvidar todas las deudas y borrar las connotaciones que pudieran tener para el papel de España en cualquier futuro sistema económico europeo dominado por Alemania.

Para ser estrictos, este no es un libro sobre España. Es una historia relacionada con la economía política y la guerra en la tumultuosa década de 1930 que, por definición, sobrepasa las fronteras nacionales. Aunque mi interés fundamental está en España, Alemania y la relación entre ambos países, doy unos cuantos rodeos cruciales por Italia, Francia y Gran Bretaña y visito campos de batalla, consejos de administración y bancos. La manera en la que la Alemania nazi pre-

* En el original, alusión al título en inglés, *Hitler's Shadow Empire*, que podría traducirse como «imperio en la sombra de Hitler». En esta edición traducimos la expresión como «ensayo de imperio» o «imperio informal». [N. del E.]

tendió beneficiarse de la Guerra Civil española solo podía darse en el contexto del sistema internacional disfuncional de la Depresión. El imperialismo nazi en España contrasta vivamente tanto con las concepciones establecidas sobre las prioridades interiores y exteriores de Berlín en aquellos años como con los principios centrales de la ideología hitleriana. Por eso este estudio revela profundas diferencias entre los principales personajes del Berlín nazi, muchos de los cuales han quedado olvidados en la historiografía del camino «inexorable» a la guerra mundial.

La intervención alemana en la Guerra Civil española es única si se compara no solo con el comportamiento de otras grandes potencias, como Gran Bretaña y Francia, sino también con la política «fascista» aplicada por Roma. La primera aventura militar internacional de los nazis encierra una estrategia distinta a la que intentaron imponer en Europa en la Segunda Guerra Mundial. Aunque el imperio ensayado en España no fue el que Hitler, al final, decidió construir, ofrece un contraste útil respecto a la proyección del poder de Alemania en Europa. En muchos aspectos, la integración informal bajo el poder informal alemán —que en España se plasmó de manera más exhaustiva que en los Balcanes, pese a que estos han sido muy estudiados— tenía la capacidad de haber producido resultados más duraderos de los que después produjo el imperio formal y genocida nazi, que, en definitiva, tuvo una vida efímera.

Se escriben otras historias. Se exhuma la historia de la Guerra Civil española. Un hallazgo concreto de huesos lleva a la apertura del primer sumario relacionado con los crímenes franquistas durante la guerra. Eran los de Federico García Lorca, uno de los intelectuales más destacados de entre las víctimas del conflicto. Corría desde siempre el rumor de que sus restos yacían en una fosa común junto a una carretera de Granada. En los primeros tiempos de la guerra, una patrulla nacional encontró al poeta en su escondite y, tras unos días de detención improvisada, se lo llevaron «a por café, mucho café», un peculiar eufemismo hispánico que se refiere al batallón de fusilamiento. Existe desde hace décadas un encendido debate sobre el motivo exacto de que fusilaran a Lorca. A pesar de su amistad con conocidos reaccionarios, no cabe duda de que el hecho de que fuera un izquierdista declarado y tuviera una serie de amantes masculinos no

ayudó⁵. Setenta años después, los argumentos legales para exhumar los huesos de Lorca no eran nada sencillos. El meollo del problema estaba en la ley de amnistía decretada en España al morir Franco. Sin embargo, en 2008, un juez ordenó que se desenterraran los huesos pertenecientes a 19 víctimas de la «represión franquista», incluidos los de Lorca, cuando ya los presuntos autores llevaban también décadas enterrados⁶.

Para los progresistas españoles, exhumar los restos era una de las numerosas batallas en la larga guerra para recuperar la memoria del país tras varias décadas de dictadura; era una especie de día del juicio final, doloroso pero necesario. Los historiadores buscaron detalles sobre las últimas horas de Lorca. La nieta de un maestro que había tenido el dudoso honor de morir ejecutado junto al escritor estaba exultante después de «llevar una década esperando ese momento»⁷. Iba a sufrir una decepción: en el lugar señalado había poca cosa que descubrir.

Pero los escurridizos huesos acabaron provocando un problema aún mayor para los defensores de la exhumación: la única persona procesada en el caso fue el juez que había ordenado la excavación⁸. Y no era cualquier juez. Baltasar Garzón tiene una historia larga y polémica en relación con los casos de crímenes contra la humanidad. En 1998 adquirió fama internacional al iniciar un procedimiento judicial contra el antiguo dictador chileno Augusto Pinochet por el asesinato de ciudadanos españoles durante el gobierno de la Junta presidida por él. Garzón apeló al «principio universal» observado en la jurisprudencia española, que limitaba el arbitrio jurisdiccional de Pinochet en la Unión Europea mientras el exdictador estaba en el Reino Unido. Como consecuencia, Pinochet pasó dieciocho meses sujeto a arresto domiciliario en Londres. Muchos especialistas piensan que aquel fue un instante histórico para el derecho internacional. Al fin y al cabo, Pinochet había conducido personalmente la transición chilena a la democracia y, de esa forma, había eludido su procesamiento; solo vio próxima la posibilidad de enfrentarse a un juicio gracias a la insistencia de un juez español en nombre de unas cuantas víctimas desconocidas. Las consecuencias del activismo judicial de Garzón no se limitaron al procesamiento de un octogenario decrepito, porque permitió plantar cara a las leyes de amnistía aprobadas después de dictaduras en países tan distintos como Argentina, Bosnia y Kirguizistán, que habían tenido transiciones democráticas «controladas».

En todo el mundo, pero en particular en España, Garzón se convirtió en una figura maniquea. Para sus partidarios era un incansable defensor de la justicia; para sus adversarios, un juez descuidado y que se excedía de sus funciones, empeñado en remover un pasado que se había enterrado por algo. Al final, los tribunales británicos dictaron que Pinochet no estaba en condiciones de ser juzgado, pero la vida del dictador cuando regresó a Chile nunca volvió a ser la misma; había llegado el otoño del patriarca⁹.

Tras una serie de causas célebres en las que apuntó a miembros de Juntas latinoamericanas y terroristas islámicos, Garzón volvió la vista hacia su propia casa. En respuesta a una petición presentada por veintidós organizaciones civiles, emitió un dictamen judicial de 68 páginas en el que afirmaba que los asesinatos cometidos durante la Guerra Civil cumplían los requisitos para ser calificados de «crímenes contra la humanidad», una designación que hacía que no prescribieran ni por las disposiciones en materia de plazos ni por las muertes de los presuntos autores¹⁰. Después reclamó el certificado de defunción de Franco, condición indispensable para hacer el escrito de acusación, y de otros personajes fundamentales de su régimen. Con esta medida estaba desafiando de manera implícita la ley de amnistía española. La ley, aprobada en 1977, se había diseñado originalmente para proteger a las víctimas de Franco, no a los que habían cometido delitos en su nombre, y fue un factor crucial en la transición que permitió el regreso de la democracia a España¹¹. Permitted que los viejos franquistas y el Ejército español se incorporaran a la monarquía constitucional establecida por el rey Juan Carlos I¹². Era una apuesta que, desde (casi) todos los puntos de vista, salió bien. Pronto hubo elecciones y varios antiguos ministros de Franco tuvieron su escaño parlamentario. A pesar de algunos tropiezos, se produjo una transición democrática estable. Y la integración en Europa.

Cuando Garzón decidió utilizar la indigna tumba de Lorca para lanzar su cruzada contra los crímenes de la Guerra Civil, dos organizaciones de extrema derecha con raíces franquistas le plantaron cara. Manos Limpias y Falange Española —el viejo partido político que Franco convirtió en organización civil— presentaron una querrela en la que alegaban que el juez estaba sobrepasando sus competencias e infringiendo la ley de amnistía. El magistrado conservador Luciano Varela se mostró de acuerdo y suspendió a Garzón de sus funciones. La opinión pública se dividió de manera feroz. Miles de personas sa-

lieron a la calle para protestar contra la decisión; entre otros símbolos, los partidarios de Garzón ondeaban banderas de la Segunda República, la misma a la que había puesto fin la Guerra Civil.

A principios de 2012, el Tribunal Supremo absolvió a Garzón de prevaricación por seis votos a uno¹³. Sin embargo, mantuvo su suspensión por haber ordenado unas escuchas ilegales en otro caso, en teoría independiente, sobre la corrupción en el principal partido conservador español, el Partido Popular; el Tribunal juzgó que Garzón había dirigido las investigaciones con «métodos que solo se encuentran en sociedades totalitarias». Pocos creyeron que las dos causas contra Garzón no tuvieran nada que ver entre sí, y el resultado fue muy claro: el juez, inhabilitado para ejercer, ya no pudo seguir trastocando el statu quo legal. El abogado de Garzón se quejó de que el veredicto equivalía a «una condena a muerte para su carrera». Varias ONG y la prensa mundial insinuaron que era objeto de una persecución¹⁴. Garzón acudió al Tribunal Constitucional y puso en duda la imparcialidad del Tribunal Supremo a la luz de nuevas pruebas que vinculaban a uno de sus magistrados con el mismo partido político al que él estaba investigando¹⁵. La decisión del alto tribunal había dado el visto bueno implícito a la investigación sobre los crímenes franquistas, pero ningún otro juez se ha atrevido hasta ahora a entrar en ese campo de minas. Existen poderosos motivos para que los huesos españoles hayan permanecido enterrados, tanto en sentido literal como figurado.

La batalla sobre esos huesos va más allá de los tribunales. El 2 de marzo de 2009, por ejemplo, el turbulento pasado del país ocupó la portada del *Wall Street Journal*, con la información sobre una iniciativa legislativa que agitó las divisiones sociales tanto como las investigaciones legales de Garzón¹⁶. Aunque la Ley de la Memoria Histórica, de nombre ominoso, no era una revisión directa de la ley de amnistía de 1977, sí tenía el propósito de rectificar la memoria pública del conflicto y el gobierno de Franco¹⁷. Permitió al Gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero pedir perdón por miles de ejecuciones ilegales y ofrecer la nacionalidad a los miembros supervivientes de las Brigadas Internacionales, los voluntarios de todo el mundo que llegaron a España a luchar contra los nacionales de Franco. También puso en marcha una cruzada contra la iconografía de Franco: yugos y flechas, águilas, nombres de calles, estatuas.

Unos años antes, el Parlamento de mayoría socialista había aprobado que se retirara la última estatua que quedaba de Franco en Ma-

drid¹⁸. Copiada de una figura ecuestre esculpida en el siglo XVI por Donatello, mostraba a un Franco victorioso entrando en la capital después de la capitulación de sus defensores. Durante treinta años de monarquía constitucional, la estatua había permanecido en el centro de Madrid y simbolizaba la visión irredenta del pasado que tanto enfurecía a la izquierda. La decisión del Gobierno socialista fue inequívoca. No había sitio para el franquismo en la esfera pública de la España moderna. Sin embargo, igual que en el caso de Garzón, no todo el mundo estaba de acuerdo. Antes del amanecer, armados con antorchas, los viejos franquistas se reunieron para protestar contra el traslado de la estatua. La efigie acabó en un almacén estatal, lejos de la vista pero no destruida.

Ante tales tensiones, no es extraño que los primeros en desenterrar los huesos españoles no fueran ni los tribunales ni el Congreso, sino la cultura. Generaciones de artistas rompieron el silencio sobre los crímenes de la Guerra Civil mucho antes de que muriera Franco; con sus versiones musicales de poemas, cantautores como Joan Manuel Serrat llevaron a cabo manifestaciones artísticas que revivían las pinturas de Picasso y los versos de Neruda en defensa de la Segunda República. Serrat, posiblemente el mejor trovador español del siglo XX, se hizo famoso en su Cataluña natal cuando se negó a participar en el Festival de Eurovisión de 1968 en señal de protesta por la represión franquista de la lengua catalana. Más tarde declaró que, en su opinión, las lenguas prohibidas eran los mejores cauces de expresión¹⁹.

Un año después, el cantautor adoptó una causa que le hizo famoso en todas partes. Comenzó con un LP de doce pistas, *A Antonio Machado, poeta*²⁰. El álbum, con una cubierta roja en la que figuraba una fotografía de este poeta de izquierdas muerto durante la Guerra Civil, debería haber despertado suspicacias entre los miembros del régimen, pero consiguió pasar la censura. Serrat resucitó los poemas de Machado convirtiéndolos en canciones. El álbum era más una declaración política que un tributo artístico; Machado, como Lorca, representaba una reveladora tragedia de la Guerra Civil²¹. El primer corte del disco, «Cantares», retomaba la poesía más conocida del autor, escrita poco antes de su muerte, en 1939. Para entonces, ya habían perdido la guerra. Antonio Machado, que, como muchos republicanos derrotados, partió al exilio en Francia a pie, escribió: «Caminante, son tus huellas / el camino y nada más; / caminante,

no hay camino / se hace camino al andar»²². Los españoles conocían la ignominiosa muerte del poeta en el exilio francés. La letra escrita por Serrat y entrelazada con los versos originales dejaban claro el mensaje político:

Murió el poeta, lejos del hogar;
le cubre el polvo de un país vecino.
Al alejarse le oyeron gritar:
«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar».

El propio Serrat tuvo que exiliarse. En 1972 puso música a la obra de Miguel Hernández, en esta ocasión, sin una sola palabra de comentario. La declaración más firme es quizá la «Nana de la cebolla» de Hernández, una comunicación trágica y casi final entre el poeta y su familia antes de que la tuberculosis se lo llevara en una de las numerosas cárceles de Franco. Aunque recibía cartas desesperadas de su esposa, él solo podía enviarle pareados que escribía en papel prestado:

Ríete, niño.
Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca²³.

Las canciones fueron un éxito. Todavía emociona ver la grabación de un joven Serrat, con la mirada perdida a lo lejos, cantando los textos de Hernández en la televisión pública, Televisión Española, a principios de la década de los ochenta. Para entonces, Franco llevaba ya tiempo muerto y la democracia española estaba muy viva. La poesía cantada de Serrat inspiró a las nuevas generaciones, y la *trova*, el movimiento de trovadores, se convirtió en un cauce cultural a través del cual explorar el pasado enterrado.

En épocas más recientes, otros artistas más jóvenes han adoptado esta mezcla tan típicamente española de recuerdos y guitarras. Entre ellos, destacan Javier Bergia e Ismael Serrano, dos jóvenes que han alzado la voz en apoyo de las investigaciones de Garzón y las iniciativas sobre la memoria. Representan a un grupo que no se ha limitado a denunciar el franquismo autoritario; plantean un desafío más pro-

fundo. Entre las alusiones al Che Guevara y las minifaldas, la canción que dio a conocer a Serrano en 1997, «Papá, cuéntame otra vez», preguntaba:

Papá, cuéntame otra vez que tras tanta barricada y tras tanto puño en alto y tanta sangre derramada, al final de la partida no pudisteis hacer nada, y bajo los adoquines no había arena de playa²⁴.

Esta letra —con su referencia al eslogan de los revolucionarios estudiantiles «Bajo los adoquines, la playa»— ponía en tela de juicio toda la estructura construida por la sociedad española en su transición democrática controlada²⁵. La caída de Franco dejó bajo las piedras muchas cosas, además de la playa.

Este libro comienza con una caída anterior: la de España. El primer capítulo, «Dos Españas», traza las ideologías que se enfrentaron en la Guerra Civil. Cuando los Borbones perdieron el poder en 1931, pareció que el país optaba por la democracia universal, pero el sistema democrático desembocó en una polarización aún mayor. Entre el tumulto político aparentemente sin fin y la crisis económica, surgieron dos versiones de España drásticamente distintas: una progresista, republicana y laica, y otra conservadora, monárquica y católica. Pero el país era demasiado pobre para financiar su conflicto fratricida. Ni los republicanos ni los nacionales podían vencer sin ayuda extranjera; necesitaban armas, suministros y dinero, y, aunque la Gran Depresión estaba todavía presente, encontraron esos recursos. España se convirtió en el único lugar en el que comunistas y fascistas se enfrentaron antes de la Segunda Guerra Mundial y, entre 1936 y 1939, fue la herida abierta de Europa.

La Guerra Civil española fue un asunto internacional ya antes de dispararse el primer tiro. Después, fueron modernísimos Junkers y bombarderos Heinkel de la Legión Cóndor nazi, con apoyo aéreo italiano, los que causaron la destrucción de Guernica posteriormente inmortalizada por Picasso; los defensores comunistas de Madrid se enfrentaron a la Legión de Franco con armas estadounidenses compradas nada menos que a la Rusia estalinista. En un mundo en el que la globalización estaba fracasando, España presenció la internacionalización de la violencia localizada. La intervención favoreció al bando

que había empezado la guerra en clara desventaja: los nacionales. Las decisiones diplomáticas en las capitales de las grandes potencias invirtieron la superioridad de la República y debilitaron a su Gobierno²⁶. El capítulo segundo aborda esas decisiones mediante el análisis simultáneo de la política interna y las percepciones internacionales cambiantes en París, Londres, Moscú, Washington, Roma y Berlín. Con fuentes en seis lenguas, procedentes de archivos en tres continentes, hoy es posible reconstruir no solo los resultados estratégicos sino también las informaciones de prensa, los rumores, los cables diplomáticos, las peleas en la coalición y los prejuicios personales que influyeron en la toma de decisiones. Al final del capítulo quedará claro que las decisiones de las grandes potencias que determinaron el resultado de la Guerra Civil se tomaron en el plazo de veinticuatro horas, en un día crucial: el 25 de julio de 1936.

Pero ¿qué buscaban exactamente los nazis alemanes y los fascistas italianos en España? La respuesta a esa pregunta es el propósito central de este libro. La historiografía de la intervención extranjera en la Guerra Civil española, en general, y sobre todo fuera de España, no ha cambiado a pesar del considerable cambio de perspectiva sobre la política económica y exterior nazi²⁷. Poco después del comienzo de la guerra, el proyecto alemán en España cambió por completo para ser más pragmático y mucho más ambicioso que cualquiera de los objetivos de su aliado en suelo español, la Italia fascista. La primera aventura militar del Tercer Reich, tres años después de hacerse con el poder y tres años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en un ensayo de imperio informal. Desde luego, no el tipo de imperialismo que solemos asociar con la Alemania nazi²⁸. De hecho, el proyecto nazi en España encajaba en una concepción del poder alemán, fundamentalmente económica, que Berlín fue dejando de lado a medida que Hitler prefirió aproximarse hacia una guerra más amplia y a la frontera polaca, que finalmente sirvió de detonante²⁹.

Se puede decir que hubo un hombre que fue el que más inspiró esta expansión exterior centrada en la economía: Hjalmar Schacht. Su ascensión personal fue paralela a la de Alemania, y el capítulo tercero sigue su evolución al tiempo que esboza los debates que impulsaron la economía política alemana en la década anterior al nazismo. Desde la caída de Bismarck, dos preocupaciones globales y relacionadas entre sí habían dictado la política continental. Una era el miedo a

verse cercados, una inquietud que tenía que ver con aspectos geoestratégicos y económicos. La otra consistía en lo que un joven Henry Kissinger denominó «grandeza asimilada», cómo afrontar el delicado equilibrio de poder de Bismarck en Europa después de la desaparición del gran maestro³⁰. Cuando Schacht fue nombrado comisario de moneda de la República de Weimar, los grandes triunfos del siglo XIX —la industrialización de Prusia y la unificación de Alemania— se habían visto ensombrecidos por los espectaculares fracasos de principios del siglo XX: la derrota en la Primera Guerra Mundial y la hiperinflación de Weimar. Como presidente del Reichsbank, el banco central alemán, Schacht se apartó del liberalismo económico para acercarse al nacionalismo reaccionario. Su teoría económica historicista, enraizada en la tradición «histórica» alemana de la pujanza de la disciplina, fomentó ese cambio fundamental. Cuando la globalización se vino abajo, Schacht se arrojó en brazos de Hitler. Alemania hizo lo mismo poco después.

La ascensión personal y profesional de Schacht cristaliza el debate político entre los economistas durante la Gran Depresión. Pese a calificar a la mayoría de ellos como «matones del Partido», el banquero pensó que podría «gobernar a través de los nazis». Su objetivo era transformar el papel de Alemania en el sistema económico europeo, y el precio era permitir el rearme de Hitler, que constituyó la base del posterior —y aún controvertido— «milagro económico». Este es el tema del capítulo cuarto. Con la capacidad de controlar los asuntos monetarios a través del Reichsbank y la organización económica propiciada por su dirección en el Ministerio de Economía (Reichswirtschaftsministerium), Schacht tuvo un poder insólito en la Alemania nazi. No solo fue el único nacionalista económico en la Europa de los años treinta, sino el más poderoso y el de mayor éxito, con gran diferencia, y aquí muestro cómo el «dictador económico» de Hitler elaboró un programa económico que más tarde permitiría la proyección informal del poder alemán en España, a cargo, irónicamente, de hombres en los que él no confiaba.

Schacht administró la inmensa deuda exterior de Alemania, transformó sus organizaciones industriales y revolucionó sus relaciones comerciales con arreglo a una tradición neomercantilista. La implosión del sistema financiero internacional liberal que Gran Bretaña no pudo y Estados Unidos no quiso sostener le dio un margen de manobra sin precedentes. Trabajó para redirigir el comercio a los países